

nea, no se envanece, ni hace de ninguna cosa caso de afrenta, no busca su interés, no se encoleriza, no imagina hacer mal, ni se alegra del agravio, antes se alegra con la verdad: todo lo lleva todo lo cree, todo lo sufre. Que es decir, que el amor que tienen todos sus amadores con Cristo, no es un simple querer, ni una sola y ordinaria afición; sino un querer, que abraza en sí todo lo que es bien querer, y una virtud, que atesora en sí juntas las riquezas de las virtudes, y un encendimiento, que se extiende por todo el hombre, y le enciende en sus llamas.

Porque decir que es *sufrida*, es decir que hace un ánimo ancho en el hombre, con que lleva con igualdad todo lo áspero que sucede en la vida, y con que vive entre los trabajos con descanso, y en las turbaciones quieto, y en los casos tristes alegre, y en las contradicciones en paz, y en medio de los temores sin miedo. Y que como una centella, si cayese en la mar, ella luégo se apagaría y no haría daño en el agua: así cualquier acontecimiento duro en el alma, á quien ensancha este amor, se deshace y no empece. Que el daño si viniere, no conmueve esta roca: y la afrenta, si sucediere, no desquicia esta torre: y las heridas, si golpearan, no doblan aqueste diamante. Y añadir que es *liberal y bienhechora*, es afirmar que no es sufrida para ser vengativa, ni calla para guardarse á su tiempo, ni ensancha el corazón con deseo de mejor sazón de venganza; sino que por imitar á quien ama, se engolosina en el hacer bien á los otros. Y que vuelve buenas obras á aquellos de quien las recibe muy malas. Y porque este su bien hacer es virtud y no miedo, por eso dice luégo el Apóstol que *no lisonjea ni es tacaña*: esto es, que sirve á la necesidad del prójimo por más enemigo que le sea, pero que no consiente en su vicio, ni le halaga por de fuera, y le aborrece en el alma, ni le es tacaña é infiel. Y dice que *no se envanece*, que es decir que no hace estima de sí, ni se hincha vanamente, para descubrir en ello la raíz del sufrimiento y del ánimo largo que tiene este amor. Que los soberbios y pundonorosos son siempre mal sufridos, porque todo les hiera. Mas es propiedad de todo lo que es de veras amor, ser humildísimo con aquello á quien ama: y porque la caridad que se tiene con Cristo por razón de su incomparable grandeza, ama por él á todos los hombres; por el mismo caso desnuda de toda altivez al cora-

zón que posee, y le hace humilde con todos. Y con esto dice lo que luégo se sigue, que *no hace de ninguna cosa caso de afrenta*. En que no solamente se dice que el amor de Jesucristo en el alma, las afrentas y las injurias que otros nos hacen, por la humildad que nos cria y por la poca estima nuestra que nos enseña, no las tiene por tales; sino dice también, que no se desdeña, ni tiene por afrentoso ó indigno de sí ningún ministerio, por vil y bajo que sea, como sirva en él á su AMADO en sus miembros.

Y la razón de todo es lo que añade tras esto: *que no busca su interés ni se enoja* de nada. Toda su inclinación es al bien, y por eso *el dañar á los otros aún no lo imagina*: los agravios ajenos, y que otros padecen, son los que solamente le duelen: y la alegría y felicidad ajena es la suya. Todo lo que su querido Señor le manda, hace: todo lo que le dice, lo cree: todo lo que se detuviere, le espera: todo lo que le envía, lo lleva con regocijo, y no halla ninguno, sino es en sólo Él á quien ama. Que como un grande enamorado, bien dice (1): «Ansi como en las fiebres [el que está inflamado con calentura aborrece y abomina cualquier mantenimiento que le ofrecen, por más gustoso que sea, por razón del fuego del mal que le abrasa, y se apodera de él, y le mueve: por la misma manera aquellos á quien enciende el deseo sagrado del Espíritu celestial, y á quien llaga en el alma el amor de la caridad de Dios, y en quien se enviste, y de quien se apodera el fuego divino que Cristo (Luc., cap. XII, v. 49) vino á poner en la tierra, y quiso que con presteza prendiese; y lo que se abrasa, como dicho es, en deseos de Jesucristo, todo lo que se precia en este siglo, él lo tiene por desechado y aborrecible por razón del fuego de amor que le ocupa y enciende. Del cual amor no los puede desquiciar ninguna cosa, ni del suelo, ni del cielo, ni del infierno. Como dice el Apóstol (Ad Rom., cap. VIII, v. 35): *¿Quién será poderoso para apartarnos del amor de Jesucristo?* con lo que se sigue. Pero no se permite que ninguno halle el amor celestial del Espíritu si no se enajena de todo lo que este siglo contiene, y se da á sí mismo á sola la inquisición del

(1) San Macario, Homil. IX, Bibl. PP. edit. Lugd., 1687, tom. IV, pág. 31.

amor de Jesús, libertando su alma de toda solitud terrenal, para que pueda ocuparse solamente en un fin por medio del cumplimiento de todo cuanto Dios manda.»

Por manera que es tan grande este amor, que desarraiga de nosotros cualquiera otra afición y queda él señor universal de nuestra alma. Y como es fuego ardentísimo, consume todo lo que se opone: y así destierra del corazón los otros amores de las criaturas, y hace él su oficio por ellos, y las ama á todas mucho más y mejor que las amaban sus propios amores. Que es otra particularidad y grandeza de este amor con que es AMADO Jesús, que no se encierra en solo él, sino en él y por él abraza á todos los hombres, y los mete dentro de sus entrañas con una afición tan pura, que en ninguna cosa mira á sí mismo; tan tierna, que siente sus males más que los propios; tan solícita, que se desvela de su bien; tan firme, que no se mudará de ellos si no se muda de Cristo. Y como sea cosa rarísima que un amigo, según la amistad de la tierra, quiera por su amigo padecer muerte, es tan grande el amor de los buenos con Cristo, que porque así le place á él, padecerán ellos daños y muerte, no sólo por los que conocen, sino por los que nunca vieron; y no sólo por los que los aman, sino también por quien los aborrece y persigue. Y llega este AMADO á ser tan AMADO, que por Él lo son todos. Y en la manera como en las demás gracias y bienes es Él la fuente del bien que se derrama en nosotros, así en esto lo es. Porque su amor, digo, el que los suyos le tienen, nos provee á todos y nos rodea de amigos que, olvidados por nosotros, nos buscan; y no conocidos, nos conocen; y ofendidos, nos desean y nos procuran el bien: porque su deseo es satisfacer en todo á su AMADO, que es el padre de todos. Al cual aman con tan subido querer, cual es justo que lo sea el que hace Dios con sus manos, y por enyo medio nos pretende hacer dioses, y en quien consiste el cumplimiento de todas sus leyes, y la victoria de todas las dificultades, y la fuerza contra todo lo adverso, y la dulzura en lo amargo, y la paz, y la concordia, y el ayuntamiento, y abrazo general y verdadero con que el mundo se enlaza.

Mas ¿para qué son razones en lo que se ve por ejemplos? Oigamos lo que algunos de estos enamorados de Cristo dicen,

que en sus palabras veremos su amor; y por las llamas que despiden sus lenguas, conoceremos el infinito fuego que les ardia los pechos. San Pablo, ¿qué dice (Ad Rom., cap. VIII, v. 35)? *¿Quién nos apartará del amor de Cristo? ¿La tribulación, por ventura? ó la angustia? ó la hambre? ó la desnudez? ó el peligro? ó la persecución? ó la espada?* Y luego: *Cierto soy que ni la muerte, ni la vida, ni los ángeles, ni los principados, ni los poderíos, ni lo presente, ni lo por venir, ni lo alto, ni lo profundo, ni finalmente, criatura ninguna nos podrá apartar del amor de Dios en nuestro Señor Jesucristo.* ¿Qué ardor? ¿Qué llama? ¿Qué fuego? Pues el del glorioso Ignacio ¿cuál era? (1). «Yo escribo, dice, á todos los fieles, y les certifico que muero por Dios con voluntad y alegría. Por lo cual os ruego que no me seáis estorbo vosotros. Ruégoos mucho que no me seáis malos amigos. Dejadme que sea manjar de las fieras, por cuyo medio conseguire á Jesucristo. Trigo suyo soy, y tengo de ser molido con los dientes de los leones para quedar hecho pan limpio de Dios. No pongáis estorbo á las fieras, antes las convidad con regalo para que sean mi sepultura y no dejen fuera de sí parte de mi cuerpo ninguna. Entonces seré discípulo verdadero de Cristo, cuando ni mi cuerpo fuere visto en el mundo. Rogad por mí al Señor, que por medio de estos instrumentos me haga su sacrificio. No os pongo yo leyes como San Pedro ó San Pablo: que aquellos eran apóstoles de Cristo, y yo soy una cosa pequeña: aquellos eran libres como siervos de Cristo, yo hasta agora solamente soy siervo. Mas si como deseo, padezco, seré siervo libertado de Jesucristo, y resucitaré en él del todo libre. Agora, aprisionado por él, aprendo á no desear cosa alguna vana y mundana. Desde Siria hasta Roma voy echado á las bestias. Por mar y por tierra, de noche y de dia, voy atado á diez leopardos, que bien tratados se hacen peores. Mas sus excesos son mi doctrina, y no por eso soy justo. Deseo las fieras que me están aguardando, y ruego verme presto con ellas: á las cuales regalaré y convidaré que me traguen de presto, y que no hagan conmigo lo que con otros, que no osaron tocarlos. Y si ellas no

(1) En la Epístola á los Romanos: Collect. Cotellerii tom. II, pág. 25, seqq.

quisieren de su voluntad, yo las forzaré que me coman. Perdonadme, hijos, que yo sé bien lo que me conviene. Agora comienzo á aprender, á no apetecer nada de lo que se ve ó no se ve, á fin de alcanzar al Señor. Fuego, y cruz, y bestias fieras, heridas, divisiones, quebrantamientos de huesos, cortamientos de miembros, desatamiento de todo el cuerpo y cuanto puede herir el demonio, venga sobre mí, como solamente gane yo á Cristo. Nada me servirá toda la tierra, nada los reinos de este siglo. Muy mejor me es á mí morir por Cristo que ser rey de todo el mundo. Al Señor deseo, al Hijo verdadero de Dios, á Cristo Jesús, al que murió y resucitó por nosotros. Perdonadme, hermanos míos, no me impidáis el caminar á la vida. Que Jesús es la vida de los fieles. No queráis que muera yo, que muerte es la vida sin Cristo.»

Mas veamos agora cómo arde San Gregorio el teólogo (1): «¡Oh luz del Padre! dice. ¡Oh palabra de aquel entendimiento grandísimo, aventajado sobre toda palabra! ¡Oh luz infinita de luz infinita! Unigénito: Figura del Padre: Sello del que no tiene principio: Resplandor que juntamente resplandece con él: Fin de los siglos: Clarísimo, resplandeciente: Dador de riquezas inmensas: Asentado en trono alto: Celestial, poderoso, de infinito valor: ¡Gobernador del mundo, y que das á todas las cosas fuerza que vivan! Todo lo que es, y lo que será, tú lo haces. Sumo artífice, á cuyo cargo está todo. Porque á ti, ¡oh Cristo! se debe que el sol en el cielo con sus resplandores quite á las estrellas su luz, así como en comparación de tu luz son tinieblas los más claros espíritus. Obra tuya es que la luna, luz de la noche, vivé á veces y muere, y torna llena después, y concluye su vuelta. Por ti el círculo que llamamos zodiaco, y aquella danza, como si dijésemos, tan ordenada del cielo, pone sazón y debidas leyes al año, mezclando sus partes entre sí y templándolas como siñ sentir con dulzura. Las estrellas, así las fijas como las que andan y tornan, son pregoneros de tu saber admirable. Luz tuya son todos aquellos entendimientos del cielo, que celebran la Trinidad con sus cantos. También el hombre es tu gloria, que colocaste en la tierra como ángel tuyo pregonero y cantor.

(1) En un himno de Cristo.

¡Oh lumbre clarísima, que por mí disimulas tu gran resplandor! ¡Oh inmortal, y mortal por mi causa! Engendrado dos veces. Alteza libre de carne, y á la postre para mi remedio de carne vestida. A ti vivo: á ti hablo: soy víctima tuya. Por ti la lengua encadeno: y agora por ti la desato: y pidote, Señor, que me des callar y hablar como debo.»— Mas oigamos algo de los regalos de nuestro enamorado Augustino (1). «¿Quién me dará, dice, Señor, que repose yo en ti? ¿Quién me dará que vengas tú, Señor, á mi pecho, y que le embriagues, y que olvide mis males, y que abrace á ti solo mi bien? ¿Quién eres, Señor, para mí (dame licencia que hable)? ó ¿Quién soy yo para ti? ¿Que mandas que te ame, y si no lo hago te enojas conmigo y me amenazas con grandes miserias? Como si fuese pequeña, el mismo no amarte. ¡Ay triste de mí! Dime por tus piedades, Señor y Dios mio, ¿quién eres para mí? Dí á mi alma, Yo soy tu salud. Dilo, como lo oya. Ves delante de ti mis oídos del alma: tú los abre, Señor, y dile á mi espíritu: Yo soy tu salud, correré en pos de esta voz y asiréte. No quieras, Señor, esconderme tu cara. Moriré para no morir si la viere. Estrecha casa es mi alma para que á ella vengas, mas ensánchala tú. Caediza es, mas tú la repara. Cosas tiene que ofenderán á tus ojos; sélo, y confíeselo. Mas ¿quién la hará limpia? ó ¿á quién vocearé sino á ti? Limpíame, Señor, de mis encubiertas, y perdona á tu siervo sus demasías.»—

No tiene este cuento fin, porque se acabará primero la vida que el referir todo lo que los amadores de Cristo le dicen para demostración de lo que le aman y quieren. Baste por todos lo que la Esposa dice, que sustenta la persona de todos. Porque si el amor se manifiesta con palabras, ó las suyas lo manifiestan, ó no lo manifiestan ningunas. Comienza de esta manera (Cantic., cap. 1, v. 1): *Bésemi de besos de su boca, que mejores son tus amores que el vino.* Y prosigue diciendo: *Llévame en pos de ti, y correrémos.* Y añade: *Dime, oh AMADO del alma, ¿adónde sesteas, y adónde apacientas al medio día?* Y repite después: *Ramillote de flores de mirra el mi AMADO para mí, pondréle entre mis pechos.* Y después siendo alabada de Él, le res-

(1) En las Confesiones, lib. 1, cap. 5.

ponde (Cant., cap. III, v. 1, seqq.): *O cómo eres hermoso, AMADO mio, y gentil, y florida nuestra cama, y de cedro los techos de nuestros retretes.* Y compáralo al manzano, y dice cuánto deseó estar asentada á su sombra y comer de su fruta. Y desmayase luégo de amor: y desmayándose, dice que la socorran con flores, porque desfallece: y pide que el AMADO la abrace, y dice en la manera cómo quiere ser abrazada. Dice (Cantic., cap. III, v. 1, seqq.) que le buscó en su lecho de noche, y que no le hallando levantada, salió de su casa en su busca, y que rodeó la ciudad acuitada y ansiosa, y que le halló, y que no le dejó hasta tornarle á su casa. Dice (Cant., cap. V, v. 5, seqq.) que en otra noche salió también á buscarle, que le llamó por las calles á voces, que no oyó su respuesta, que la maltrataron las rondas, que les dijo á todos los que oyeron sus voces: *Conjúroos, oh hijas de Jerusalém, si sabréis de mi AMADO, que le digáis que desfallezco de amor.* Y después de otras muchas cosas, le dice: *Ven, AMADO mio, salgamos al campo, hagamos vida en la aldea, madrugaremos por la mañana á las viñas, veremos si da fruto la viña, si está en cierne la uva, si florecen los granados, si las mandrágoras esparcen olor. Allí te daré mis amores. Que todos los frutos, así los de guarda, como los de no guarda, los guardo yo para ti.* Y finalmente abrasándose en vivo amor toda, concluye y le dice (Cant., cap. VIII, vv. 1, 3): *¿Quién te me dará á ti como hermano mio mamante los pechos de mi madre? Hallárate fuera, besárate, y no me despreciaría ninguno; no haría befa de mí: asírta de ti: meteriate en casa de mi madre, avezariárame, y daríate yo del adobado vino, y del arropo de las granadas: tu izquierda debajo de mi cabeza, y tu derecha me ceñiría en derredor.*

Pero excusadas son las palabras adonde vocean las obras, que siempre fueron los testigos del amor verdadero. Porque qué hombre jamás, no digo muchos hombres, sino un hombre solo, por más amigo suyo que fuese, hizo las pruebas de amor que hacen y harán innumerables gentes por Cristo, en cuanto los siglos duraren? Por amor de este AMADO, y por agradarle, qué prueba no han hecho de sí infinitas personas? Han dejado sus naturales, hanse despojado de sus haciendas, hanse desterrado de todos los hombres, hanse desencarnado de todo lo que se parece y se ve: de sí mismos, de todo su

querer y entender hacen cada día renunciación perfectísima. Y si es posible enajenarse un hombre de sí, y dividirse de sí misma nuestra alma, y en la manera que el Espíritu de Dios lo puede hacer, y nuestro saber no lo entiende; se enajenan y se dividen amándole. Por Él les ha sido la pobreza riqueza, y paraíso el desierto, y los tormentos deleite, y las persecuciones descanso: y para que viva en ellos su amor, escogen el morir ellos á todas las cosas, y llegan á desfigurarse de sí, hechos como un sujeto puro sin figura ni forma, para que el amor de Cristo sea en ellos la forma, la vida, el ser, el parecer, el obrar, y finalmente para que no se parezca en ellos más de su AMADO. Que es sin duda el que sólo es AMADO por excelencia entre todo.

Oh grandeza de amor! Oh el deseo único de todos los buenos! Oh el fuego dulce por quien se abrasan las almas! Por Ti, Señor, las tiernas niñas abrazaron la muerte. Por Ti la flaqueza femenil holló sobre el fuego. Tus dulcísimos amores fueron los que poblaron los yermos. Amándote á Ti, oh dulcísimo bien, se enciende, se apura, se esclarece, se levanta, se arroba, se anega el alma, el sentido, la carne. Y paró Marcelo aquí, quedando como suspenso, y poco después, bajando la vista al suelo, y encogiéndose todo: Gran osadía, dice, mia es querer alcanzar con palabras, lo que Dios hace en el ánima que ama á su Hijo, y la manera cómo es AMADO, y cuánto es AMADO. Basta para que se entienda este amor, saber que es don suyo el amarle. Y basta conocer, que en el amarle consiste nuestro bien todo, para conocer que el amor suyo que vive en nosotros no es una grandeza sola, sino un amontonamiento de bienes, y de dulzuras, y de grandezas innumerables; y que es un sol vestido de resplandores, que por mil maneras hermocean el alma. Y para ver que se nombra debidamente Cristo EL AMADO, basta saber que le ama Dios únicamente. Quiero decir, que no solamente le ama mucho más que á otra cosa ninguna, sino que á ninguna ama, sino por su respeto, ó para decirlo como es, porque no ama sino á Cristo en las cosas que ama. Porque su semejanza de Cristo, en la cual por medio de la gracia, que es imagen de Cristo, se trasforma nuestra alma, y el mismo Espíritu de Cristo, que en ella vive, y así la hace una cosa con Cristo, es lo que sa-

tisface á Dios en nosotros. Por donde solo Cristo es el AMADO, por cuanto todos los amados de Dios son Jesucristo, por la imagen suya que tienen impresa en el alma; y porque Jesucristo es la hermosura con que hermosea, conforme á su gusto, á todas las cosas, y la salud con que les da vida, y por eso se llama JESÚS, que es el nombre de que diremos agora. Y calló Marcelo, y habiendo tomado algún reposo, tornó á hablar de esta manera, puestos en Sabino los ojos.

§. III.

Qué significa, y cómo le conviene sólo á Cristo el nombre de JESÚS, y de cómo es su nombre propio en cuanto hombre.

El nombre de JESÚS, Sabino, es el propio nombre de Cristo; porque los demás que se han dicho hasta agora, y otros muchos que se pueden decir, són nombres comunes suyos, que se dicen de Él por alguna semejanza que tiene con otras cosas, de las cuales también se dicen los mismos nombres. Los cuales y los propios difieren: lo uno en que los propios, como la palabra lo dice, son particulares de uno, y los comunes competen á muchos: y lo otro, que los propios, si están puestos con arte y con saber, hacen significación de todo lo que hay en su dueño, y son como imagen suya, como al principio dijimos; mas los comunes dicen algo de lo que hay, pero no todo. Así que pues JESÚS es nombre propio de Cristo, y nombre que se le puso Dios por la boca del ángel, por la misma razón no es como los demás nombres, que le significan por partes, sino como ninguno de los demás, que dice todo lo de Él, y que es como una figura suya, que nos pone en los ojos su naturaleza y sus obras, que es todo lo que hay, y se puede considerar en las cosas. Mas conviene advertir, que Cristo, así como tiene dos naturalezas, así también tiene dos nombres propios. Uno, según la naturaleza divina, en que nace del Padre eternamente, que solemos en nuestra lengua llamar *Verbo* ó *Palabra*; otro, según la humana naturaleza, que es el que pronunciamos JESÚS. Los cuales ambos

son, cada uno conforme á su cualidad, retratos de Cristo perfectos y enteros. Retratos digo enteros, que cada uno en su parte dice todo lo que hay en ella cuanto á un nombre es posible. Y digamos de ambos y de cada uno por sí.

Y presupongamos primero, que en estos dos nombres, unos son los originales y otros son los trasladados. Los originales son aquellos mismos que reveló Dios á los Profetas, que los escribieron en la lengua que ellos sabían, que era sira ó hebreá. Y así en el primer nombre que decimos *Palabra*, el original es DABAR, y en el segundo nombre JESÚS, el original es IEHOSUAH; pero los trasladados son estos mismos nombres, en la manera como en otras lenguas se pronuncian y escriben. Y porque sea más cierta la doctrina, diremos de los originales nombres. De los cuales en el primero, DABAR, digo, que es nombre de Cristo, según la naturaleza divina, no solamente porque es así de Cristo que no conviene, ni al Padre, ni al Espíritu Santo, sino también porque todo lo que por otros nombres se dice de él, lo significa solo éste. Porque DABAR no dice una cosa sola, sino una muchedumbre de cosas: y dice-las, como quiera y por doquiera que le miremos, ó junto á todo él, ó á sus partes cada una por sí, á sus sílabas y á sus letras. Que lo primero, la primera letra, que es D, tiene fuerza de artículo, como *El* en nuestro español; y el oficio del artículo es reducir á ser lo común, y como demostrar y señalar lo confuso, y ser guía del nombre, y darle su cualidad, y su linaje, y levantarle de quilates, y añadirle excelencia: que todas ellas son obras de Cristo, según que es la palabra de Dios. Porque Él puso ser á las cosas todas, y nos las sacó á luz, y á los ojos, y les dió su razón, y su linaje: porque Él en sí es la razón, y la proporción, y la compostura, y la consonancia de todas; y las guía Él mismo, y las repara, si se empeoran, y las levanta, y las sube siempre y por sus pasos á grandísimos bienes.

Y la segunda letra, que es B, como San Jerónimo (1) enseña, tiene significación de edificio, que es también propiedad de Cristo, así por ser el edificio original y como la traza

(1) In Epist. Crit. ad Paulam, de Alph. Hebr. Oper. edit. Bened. 1699; tomo II, col. 707.